

101

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio).—Barriere (don Manuel).—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferraz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas).—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2^a

NUM. 21.

San José, 10 de Febrero de 1891.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

En el álbum de María Teresa.

AL PARTIR....

Cuando en brazos de la mar,
desde el bajel arrogante
contemples ya muy distante
tu patria y tu dulce hogar;
cuando en la popa, allá á solas,
con inefable poesía,
puedas oír la armonía
de las gigantescas olas;
cuando en medio de esa calma
solemne del ancho mar,
te entregues á hojear
aqueste libro de tu alma,
recuerda entonce al través
de ese oleaje turbulento
al que ahora aquí un pensamiento
humilde deja á tus pies.

EMILIO PACHECO.

Para el álbum de Cordelita.

Imitación de la anterior composición.

Cuando, sobre de la mar,
desde el vapor humeante,
contemples la ya distante
patria, y recuerdes tu hogar;
y en la popa, triste, á solas,
con vaga melancolía
oigas la sorda armonía
con que revientan las olas;
y entonces, con dulce calma,
ante la extensión del mar,
leas, -tu álbum al hojear,
estos versos de mi alma;
recuerda que desde aquí,
por ese mar turbulento,
te sigue mi pensamiento,
y que va al lado de tí.

FRANCISCO GAVIDIA.

SUMARIO.

EN EL ÁLBUM DE MARÍA TERESA, por Emilio Pacheco.—EN EL ÁLBUM DE CORDELITA, por F. Gavidia.—NAPOLEÓN, por Ramón Zelaya.—EL VIAJE DE WILLIAM WILLOUGHBY, traducción por Carlos Gagini.—LA MUSA COLOMBIANA, por A. Olivo Pino. LITERATOS ESPAÑOLES, por Juan Tomás Salvani.—UN DRAMA, por C.—LUCHA SUPREMA, por Rubén Rivera.—SERENATA, por F. Gavidia.—HISTORIA DE ELENA, por N.—NOTAS.

NAPOLEÓN.

(Concluye).

Don Timoteo Miralda dice: "Para juzgar al genio es preciso ser genio;" y don José María Salazar hoy modifica la expresión y dice: "Para juzgar al genio preciso es llamarle ante la ciencia." No, señor; se quedará Ud. CHINGO, señor don José. Bien así como el chiquillo gateador que quiere alcanzar la fruta que está sobre la mesa excitando su apetito: trae una silla de arrastrada con mil afanes sube en ella, puja que puja, se pára, extiende los bracitos, y se desconsuela cuando ve tan alto el premio de sus afanes.

O como aquel bonísimo astrónomo que para ver los habitantes de la Luna y contar todas las estrellas se subió á la cumbre de una montaña.

Es imposible emplazar al genio ante la ciencia: si cabalmente es de su esencia de él romper reglas y todo, en una como inspiración divina, y trazar nuevos caminos si en la Ciencia, si en el Arte.

Ese rayo inquebrantable, rompe y rasga, y se sale con su intento. Acometa Ud. á tocarle los bigotes, si no le hace "añicos," según su propia expresión. Al mortal ordinario no le queda más arbitrio que establecer una progresión y por medio del cálculo llegar al centro; tomar puntos distintos, trazar líneas convergentes, y determinar así el foco luminoso. Arrimarse á él, ponérsele par á par, tocarle, *manco male*.

Así pues, el medio que más presta para venir en conocimiento de estos soles que llamamos genios, es deducirles, juzgarles por sus efectos, por sus obras. Con la balanza en la mano, podemos pesar las circunstancias, tomar el medio, y compararlo todo con el resultado. El efecto está en razón directa del agente. Establecer esta proporción, despejar la incógnita, cualquiera lo hace. Si el cualquiera tiene algún criterio, conciencia y buena fé. Y en el caso presente, ¿qué necesidad hay de *profundísimos* conocimientos de "la ciencia en que se funda la guerra," para lanzar un juicio sobre Napoleón Bonaparte? No los hemos menester. Quizá si llamamos y emplazamos á este genio ante ese tribunal para juzgarle, y le pedimos razón de las reglas comunes de hacer campañas, habremos de condenarle. Este demente no hacía caudal de tan poca cosa, como son las reglas y leyes ordinarias: iba, volvía, se cernía en lo alto del enemigo, como águila soberbia, caía sobre él, y en un pronto le devoraba. El atrevido que osaba ponérsele de frente, allí caía vuelto polvo. Las obras maestras que se llaman Austerlitz,

Jena, Friedland, Moskow, Waterloo, nunca las labró el poeta llevando de frente las reglas prescritas; ni tuvo miramientos con lo que reza la ciencia: él era Dios, él era omnipotente y no gustaba de encadenarse. ¡Buena ocurrencia, encadenar al genio! ¡Bonita obra, marcar reglas al que las prescribe!

Cuando el león sacude la melena, se agita y exclama: *¡Veni creator spiritus!*, no le enseñéis el palo, porque la fiera, con ser fiera, se reirá.

Pues señor, don José María Salazar quiere amarrar al león y hacerle comparecer ante la ciencia.

Buen provecho.

Continúa el articulista, en su flujo por traer á menos el genio del águila contemporánea, arguyendo en pro del cartaginés la diferencia del teatro en que cada uno desempeñó su papel, las circunstancias que á cada cual rodearon, el mar en que cada uno fué piloto.

El dice que la Francia imperial era guerrera; no había más que llevar sus legiones al campo de batalla, y allí devoraban como fieras.

Mas, si bien la Francia del imperio era veterana, no tenía ya inclinación por la guerra. El entusiasmo propagandista, el espíritu de proselitismo revolucionario se había ya disipado: había muerto con Robespierre, con Candorcet, con St. Just, con todos aquellos hombres-océanos. Francia estaba ahíta de sangre, de luchas terribles de diez años largos. I por eso, ansiaba con pasión la tranquilidad. El eco general de Francia en este tiempo era paz, paz y paz. Noble palabra cuando es hija de la fraternidad! Y si no, recuérdese el entusiasmo con que se celebró en París, y en toda Francia, la de Luneville. Y cabalmente este espíritu general fué el que obligó al Primer Cónsul y al Cónsul vitalicio á adoptar una conducta hipócrita respecto de sus inclinaciones bélicas. Si después se despertó el entusiasmo, la pasión de las conquistas, fué eso efecto de los mariscalatos, de los ducados, de los condados, de los honores; medidas todas tomadas á posta por el Emperador, para comunicar su espíritu guerrero á su nación.

Motivos para perseverar con entusiasmo en la guerra contra los romanos, el pueblo cartaginés los tuvo, muchos y muy grandes: ¿No dice el articulista que era pueblo de mercaderes? ¿No recuerda la opresión romana que pesaba sobre ellos? ¿Y aún le parece poco? El flujo por conquistar riquezas, la adquisición del pan de la manera más cómoda y segura; en una palabra, el cumplimiento de las leyes dictadas por ese monstruoso tirano que se llama VIENTRE, es el generador del movimiento universal. Sin el Gran Vientre, rey absoluto, tirano inflexible, insoportable fuera esta tragedia de la vida: La uniformidad, la ecuanimidad, la lobreguez glacial fueran su herencia.

El Vientre es el soberano universal. Se hielá el alma cuando se mira en el poder que tiene este [bruto ciego. Rabelais, le descubrió, le miró el rostro y expresó su espanto en una carcajada brutal. Rabelais, riéndose de él, dió á conocer su código: Es liberal, muy liberal este monstruo imperturbable. Casi pudiera decirse que la República de Ana-

charsis Clutz ha existido siempre en el mundo: Ante este soberano, todos los hombres son iguales; los deberes y derechos son unos para todos. Cuanto este señor manda y ordena, allí se hace en seguida. Rehuir sus decretos, nunca es posible, so condena de muerte. El movimiento universal, el ir y venir continuo de los hombres, á él son debidos. El mantiene el mundo en perpetua agitación; Bajezas y mohatras; desvergüenzas, difamaciones, calumnias; robos, asesinatos, grandes crímenes, todo es efecto de ese agente del demonio. Las degradaciones del hombre hasta el nivel del bruto, las guerras, las conquistas, las usurpaciones, de él son. Rey es éste que aumenta su poder cada día más, ¡maldito sea! Lo que es hoy, viéndole estamos llegar á su 1810. Sin embargo, como "cuando nace el fuerte, también nace su azote," el gran Vientre tiene su rival. Esta ley fatalista es fatalmente verdadera. Recordad que el duque de Wellington nació en 1769. El cerebro es el rival del Vientre. Son el símbolo del bien y el mal, del sí y el no. En cuanto á mí, finco mi orgullo en hacer preponderar el primero sobre el segundo; en tanto que sea posible, se entiende; que el organismo, la materia tiene sus leyes fijas, no sujetas al capricho. Pero se la puede postergar, se la puede reducir á su más simple expresión: esta es la más pura de mis satisfacciones.

Hablaba, pues, del poderío del Vientre en el mundo. Vemos que es capaz de hacer entrar en lid al Universo entero, la obra, contra lo Infinito, el obrero; de levantar el infierno contra el cielo.

Aparte de esto, los cartagineses tenían otros motivos del orden moral para invadir la Italia: la rivalidad.

Y en último resultado, á Aníbal le tocaba apasionar á su pueblo en favor de sus inclinaciones guerreras, despertar el entusiasmo en él, á fuerza de Ulms, Esslings y Friedlands; á fuerza de triunfos y á fuerza de ingenio.

En cuanto que Aníbal estaba sólo, que no tenía capitanes capaces de ejecutar sus órdenes, desde luego le puedo posponer en este punto al señor Salazar un signo de interrogación: El no lo sabe, yo tampoco, quizá nadie. Todo es motivado por la Historia. Esta señora, "maestra de la humanidad," hasta hace muy poco, hasta el siglo XVIII, no ha llenado su cometido sino á medias. Dejaba ó ha dejado en las sombras muchos detalles que más merecían de ella. No ha tratado más que de cierto número de personas limitado: Trataba de los reyes, de los grandes jefes, y con esto se llenaba. Hoy que la Historia cambia, se regenera, muda de costumbres, sucederá otra cosa. Hoy no se tratará más de monstruos coronados, de demonios, de seres infernales; la historia no hará caudal de los individuos, de los hechos, sino en lo que tienen de relativo con la marcha de la civilización, con el progreso.

Con respecto á Aníbal, no nos queda más que obrar por medio de *ergos*. Y obrando así, razonando de este modo, podemos asegurar al señor Salazar que pisa en falso: Aníbal debió de tener sus capitanes, sus genera-

les, sus jefes, fuertes y entendidos. La ejecución de ciertos planes, de ciertas batallas, de ciertas maniobras, allí están atestiguándolo. Sólo Aníbal, rodeado de pelones que de él recibían directamente sus órdenes, no habría salido bien en Caanas con su famosa cuña; la ejecución de esta maniobra demandaba buenos jefes, buenos y diversos, que mandarían en varios puntos. Aníbal colocado en el vértice de su ángulo no se hubiera hecho entender por todo el ejército.

Si lo expuesto nada puede con los argumentos sentados por el señor Salazar, agregaremos una observación, para concluir:

Es mal sistema de parangonar los personajes históricos de distintas épocas, quizá lejanas, el querer ponerlos en igualdad de circunstancias y decir: Este en lugar de aquel, con los medios de aquel, habría sido superior, había hecho más, hubiera levantado el mundo. Es gastar pólvora en salvas el insinuar, por ejemplo, que á haber tenido Temístocles una poderosa batería en Salamina, hubiera devorando la flota persa. Está fuera de buen camino el que asegura que fulano aparece superior en sus obras que zutano, porque aquel vivió en el siglo XIX y éste en el siglo I, en el siglo II ó en el siglo III; porque aquel tenía medios que la civilización no concedió á éste.

Bien así como en las faldas de una montaña crecen árboles distintos según la altura, según el calor, el frío, el viento, así también los siglos, las épocas producen hombres que son hijos legítimos suyos, que hacen uso de las circunstancias que les rodean y de los medios de su tiempo. Es de admirar como á veces los acontecimientos parecen sucederse ó arremolinarse como si esperasen al que ha de sacar sus consecuencias. Cuando vemos identificarse un hombre con la circunstancias que lo rodean, parece que éstas se han condensado en él, se han personificado; que de las fuerzas distintas ha surgido una resultante hecha persona. Hay hombres que son hijos de los acontecimientos. Por eso, con alguna penetración y con alguna lógica, al observar ciertas leyes, ciertos sucesos de la humanidad, pudiera profetizarse la aparición de un ángel, de un ángel ó de un demonio. Los profetas no eran sino poetas inspirados que veían claro.

Para poner en paralelo héroes de épocas distintas, hay que saber hacer uso del MEDIO. Hay que estudiar á cada uno en su atmósfera, en su esfera; que si saca de ahí, podrá parecer superior ó más chico. Sólo la esfera del *Arte* es universal y absoluta: en ella hay que buscar y estudiar al genio de todas las épocas y de todos los climas. En otro sentido, hay que remontarse aguas arriba en la historia, para respirar el ambiente del mortal cuyas facultades estudiamos.

Hay que saber hacer uso del *medio*: La historia estudia los patriarcas humanos con relación á sus *medios* y con relación al resultado total de su existencia. No tiene mayor utilidad ni otra aplicación el medio. Se compara éste con el efecto, y de ahí se deduce la cantidad de luz y la cantidad de fuerza que bulle en un cerebro. Los cerebros dis-

tantes sólo así pueden relacionarse. Es un medio eficaz é inmutable.

Un águila, como el héroe de Austerlitz, si además de ser águila y sobre tener garras propias y terribles, tiene aguiluchos que no desmerecen de ella; si un león, como el vencedor de Moskowa, es protegido por la naturaleza ó por la casualidad, que también es la naturaleza; si un capitán como Napoleón, es favorecido por las circunstancias y tiene en su mano medios grandes y eficaces, pues está en la obligación, ante el mundo y ante la humanidad, de saber emplear lo que su sino le ha puesto en la mano, de llevar á efecto obras que bien digan del arma que majaba. Nada depende del arma, todo del manejo: el arma es ciega. Admiramos las disposiciones del ser misterioso que rige las cosas de la tierra, que ordena la salida de esos pilotos que han de domar el mar embravecido; pero no pretendamos volver los elementos contra el hombre.

Napoleón recibió de quién sabe quien, de Dios ó del demonio, poco importa, recibió una espada mágica: "Ved si la meneas con vigor en el palenque á donde acude alto y garboso;" ved si Jena, si Eylau le sacan á él triunfante; ved si Essling y Wagram es suficiente; y si no, ahí va Moscow; y si no, ahí va la titánica campaña de Francia; y si no, ahí va Waterloo. Waterloo también es obra muestra del genio. La última epopeya de este poeta era también digna de él. El cielo y la tierra, el infierno y el demonio, la luz y las tinieblas se sublevaron contra el monstruo que no era ni de la luz, ni de las sombras, ni del infierno, ni del cielo, ni de la tierra, y el monstruo hubo de caer. Y cayó. Pero era tan sublime este cíclope del abismo, que aún para descender quiso labrar su último poema: y labró á Waterloo. Waterloo es el saludo militar que el águila hace al mundo para desaparecer. Waterloo es un rugido. Waterloo hace reventar, hace reír y hace llorar. Tiene algo de infinito. Por eso hace todo eso.

Vemos pues que el MEDIO nada presta para hacer mayor un héroe: cuando el divisor aumenta, para obtener igual cociente es preciso que el dividendo se multiplique. Cuando el *medio* es grande, el resultado ha de ser grande para que el Genio permanezca igual al Genio.

Esta observación nos salva de disquisiciones enojosas para probar al señor Salazar que Napoleón no fué sencillamente mecánico, que no solamente encendió la mecha del cañón y disparó. Hizo más, si señor, hizo algo más de lo que Ud. piensa.

Aún cuando él no tuviese más que dar el "*Fiat*," ese FIAT provenía de la meditación. Los FIAT particulares convergían á un FIAT total, cuya posesión era del Genio. El daba, como Ud. dice, el "*hágase*," que era ejecución, parte mecánica, pura acción. Pero él se quedaba con el pensamiento, con el plan. Y la parte "*agente*," hoy más que nunca, aunque en el fondo siempre lo ha estado, se halla postergada á la parte "*pensante*." El pensamiento marcha á manguardia, la acción sigue. Por la idea el hombre es hombre. Mortal que somete su inteligencia á la ma-

teria, yo le niego su categoría de racional. La idea es el hombre. El Pensamiento es el Genio. El pensamiento es todo, todo. *Omnis!*

RAMÓN ZELAYA.

San José.—Enero de 1891.

El viaje de William Willoughby.

IV.

El ideal de Gracia Evens.

NADDY tenía razón. Lo que en otro tiempo constituía la vida de Will, había perdido ya para él todo atractivo. Un sentimiento imperioso y desconocido hasta entonces, invadía su ser haciéndose cada día más intenso y doloroso. Will, amaba á miss Evens sin ignorar que acaso amaba sin esperanza.

La señora Cripps le había suministrado informes circunstanciados acerca de la joven. Miss Evens era hija de un arrendatario de Connecticut y hacía mucho tiempo que había perdido á su madre. Su padre, hombre de talento y de corazón, quiso darle una educación sólida. La joven había comenzado sus estudios en el colegio de Hartford, donde llevaba el estudio de las matemáticas hasta el punto ordinariamente alcanzado en la mayor parte de los colegios de mujeres de la Unión, es decir, muy lejos. Gracia Evens manifestó inmediatamente una afición vivísima hacia este ramo del saber humano. Después de haber estudiado con sus compañeras los primeros libros de Euclides, pasó, por su propia iniciativa, al cálculo infinitesimal. Las ciencias físicas y naturales no le eran menos simpáticas. Satisfecho de sus progresos, su padre se impuso un nuevo sacrificio y la envió á la universidad de Cambridge.

La joven cursó la facultad de medicina, y cuatro años después recogía el fruto de sus esfuerzos: la universidad le confería el grado de doctor. Mas su anciano padre no pudo ver el resultado que hacía tiempo ansiaba, pues su vida se había extinguido apaciblemente algunos meses antes.

Quebrantada por el dolor, Gracia Evens vendió la alquería donde se deslizó su infancia, y siguiendo el consejo de varios amigos fué á establecerse en Quietown.

Allí repartió el tiempo entre el ejercicio de su profesión y los estudios que más la cautivaban. Visitaba principalmente los barrios miserables de la ciudad y aunque ella era también pobre, prodigaba con más frecuencia los socorros materiales que los avisos médicos. Semejante conducta le había granjeado con justo título las simpatías y la estimación de los habitantes de Quietown.

Estos detalles confirmaron á Will en su primer impresión. Para él era evidente que miss Evens superaba con mucho á todas las mujeres que hasta entonces había conocido. Esa superioridad le inquietaba: á su lado se sentía muy insignificante.

Nuestro héroe poseía un sabio opúsculo titulado: *Investigaciones sobre el desarrollo de los riñones en los embriones de arañas*, por Gra-

cia Evens M. D. Will no era aficionado á las arañas ni se había preocupado nunca de sus embriones, y hasta ignoraba que éstos tuviesen riñones; pero el título del opusculo y los términos enrevesados que contenía contribuyeron á darle idea muy elevada de los conocimientos del autor. Miss Evens era una sabia; de otro modo ¿hubiera tenido nunca necesidad de escribir sobre tema tan extravagante?

Y Will se preguntaba con angustia si una mujer tan docta como ella podría querer á un ignorante como él.

Durante la convalecencia de su sobrina, las frecuentes visitas de Will á la señora Cripps le proporcionaron ocasiones de charlar con miss Evens. La veía además algunas veces en casa de los Pikes, pobre familia á quien él protegía. En todos estos encuentros la joven parecía alegrarse de ver á Will. No obstante la timidez natural de este último, Gracia manifestaba siempre interés por su conversación; no salía, sin embargo, de su reserva habitual, ni daba á Will motivo alguno de creer que compartía el afecto que él la profesaba.

Veinte veces estuvo Will á punto de abrirle su corazón y otras tantas un temor insuperable se lo había impedido. Una circunstancia imprevista le comunicó al fin el valor que necesitaba. La señora Cripps le hizo saber un día que la mano de miss Evens había sido solicitada, y que la joven había despedido al desgraciado amante.

El suceso había tenido alguna resonancia y se hablaba de él en la ciudad.

M. Bulteel, el pretendiente, era un joven de agradable presencia y dueño de una gran fortuna adquirida en el comercio del algodón. Se agregaba que estaba profundamente enamorado de la hermosa doctora. La señora Cripps no comprendía las razones que habían podido inducir á una joven pobre y sin apoyo á despreciar un partido tan ventajoso. "Todas estas gentes del Norte tienen el cerebro más ó menos cascado," dijo á manera de conclusión.

Al escuchar esta noticia Will palideció de dolor y de indignación. Ese Giles Bulteel le pareció un impertinente incalificable. Will le conocía. Espiritual, pero frívolo y disipado, el tal no estaba en olor de santidad entre la sociedad puritana de Quietown. Era tenido además por hombre poco escrupuloso en punto de negocios. ¿Cómo se atrevería á poner sus ojos en miss Evens?

Mas si la repulsa de la joven era irrevocable, otros pretendientes surgirían sin duda; y ¿por qué habrían de ser todos rechazados? Este pensamiento no se ofreció al espíritu de Will en aquel instante; era intolerable, y el joven comprendió al punto que esa duda permanente no podía durar y que era preferible una certeza, pavorosa que fuera.

Disimulando lo mejor que pudo, se despidió bruscamente de su hermana. Su resolución estaba tomada. Se dirigió hacia High Street.

Una camarera le introdujo en una sala amueblada sencillamente, pero con gusto. Adornaban las paredes dos marinas de Wodsworth, un mapa geológico de la Unión, y en un cuadro iluminado, este pasaje de San Pablo: *Por lo demás, hermanos míos, que todas las cosas justas, puras, amables, de buena reputación, en las que hay alguna virtud y que son dignas de alabanzas; que todas esas cosas ocupen nuestros pensamientos.* En la chimenea descansaba una reproducción, en estuco, del megaterio de Cuvier.

Sobre una mesa, un enorme *serapbook* contenía una colección de esas tarjetas ele-

gantes que acostumbran cambiar entre sí los americanos.

Will observaba todo esto cuando entró miss Evens. No pareció ella sorprenderse de ver al joven, y le preguntó por su sobrina.

Will expuso el objeto de su visita con voz temblorosa.

—¿Se acuerda Ud., señorita, del día en que por vez primera la ví en casa de mi hermana?

Miss Evens hizo una señal de asentimiento.

—Ud. me era desconocida, y sin embargo experimenté entonces un sentimiento extraño é indecible. Hoy sé quién es Ud, y sólo tengo una ambición: la de vivir por Ud. y para Ud. Yo la amo con todas las fuerzas de mi alma, señorita, pero no pido que haga mi felicidad sino que se digne aceptar mi vida.

Mi único deseo es coadyuvar al cumplimiento de sus proyectos. Mi más ardiente voto es contribuir al bien que Ud. hace.

De Ud. depende que ese hermoso sueño se convierta en realidad.....

Mis Evens había palidecido. Sacudiendo tristemente la cabeza respondió con dulzura:

—Es imposible, señor.

Will tembló.

—Yo le soy indiferente, acaso odioso, murmuró.

La joven se sonrojó levemente.

—No he dicho eso.

—Miss Evens, repuso Will con angustia, no se enfade Ud. si soy tardo de comprensión... He venido aquí en busca de una certidumbre; no tema Ud. ser explícita. Mucho le agradecería que me dijese el motivo de su repulsa.

—Sea, respondió ella; señor, el hombre á quien yo aceptaría, ha de ser honrado, leal y bueno, como usted lo es; pero ha de ser también algo más. Cuando niña hice voto de no casarme sino con un hombre que hubiese realizado una acción grande, útil á la ciencia ó á la humanidad. Mi ideal no ha cambiado con los años. Es preciso que yo pueda admirar al que ha de ser mi dueño. Acaso me dirá Ud. que yo pido muy alto, que aspiro á lo inaccesible, y yo le responderé que U. tiene razón. Yo no me casaré; qué importa! Vale más una ilusión sin esperanza que una realidad sin mañana.

La joven guardó silencio un instante y después añadió.

—He dicho que yo pongo la mira muy alta, pero no demasiado. Querer la felicidad á precio bajo, hé aquí el grande error. Yo compadezco á los que se contentan con poco. Mi divisa es: *Excelsior*.

Will se retiró aterrado. Vuelto á su casa, se encerró en su gabinete de trabajo, y en las altas horas de la noche, Paddy inquieto advirtió, por los reflejos de la lámpara, que su amo velaba todavía.

LA MUSA COLOMBIANA.

poema descriptivo.

Original de Antonio Olivo Pino.

CANTO 1º

(Continúa).

Tal vez aquí el indígena vendría también á reposar de sus venas. Si tuvo sed, el límpido arroyuelo la mitigó con su raudal; al hambre fué suficiente el pródigo tributo del animado seno de las aguas,

de los poblados bosques,—el venado, la danta, el almadillo, la tortuga el manatí, las piaras montaraces de ponches y zainos, las bandadas de pájaros silvestres,—y el cultivo que en la falda del monte florecía.

Entre el follaje, en el confín lejano, se ven los techos de la agreste aldea, donde el regreso de su amado aguarda la tímida consorte, que descubre en el temblor de su desnudo pecho, de la pasión los fuegos recatados.

Cuando en el cielo diáfano despide su tranquilo fulgor la casta luna, ¿qué lánguidos sonidos interrumpen el nocturno silencio?—Es de la *maya* el armónico son, que dulce espira en las gaitas indígenas, marcando el ritmo el cascabel con su ruido. En el voluble giro de la danza, los rasgos varoniles se confundeu con la ondulante curva femenina, y el verbo del amor allí entreabre á la púdica virgen los misterios que con afán secreto la espremece. Pronto tal vez con íntimas caricias hará feliz á su amador, que olvida al influjo de goces apacibles el fiero impulso del ardor guerrero.

Mas, ay! los cuernos y timbales claman con bélico alarido, convocando las huestes á la lie. ¡Adios amores, plácido bien, adiós! Vibre la flecha el arco poderoso, y la macana haga sentir sus goipes. ¿Quién se atreve á profanar de la región nativa los respetados términos? ¿Acaso los irritados úmenes concitan esa región que que las distancias salva sobre veloces monstruos, que dispone del flamígero rayo, y cuya diestra lleva la maerte en el cortante acero? ¡Sus, al combate!; que la sangre al menos abone la intención, si del destino el curso detener es imposible.

Y á defender su libertad se aprestan los fieros aborígenes:—Turbacos Bondas, Chimilas, Pastos, Citareros, Panches, Colimas, Muzos y Pijaos, Tundamas, Quillacingas... ¿Quién recuerda con gratitud sus nombres, quién les honra? Parece que su sangre, confundida en la progenie con la sangre hispana, renegará el honor de su abolengo.

¿Qué fúnebres lamentos han planido la suerte desastrosa de Sajipa? ¿la de Aquimén, Burticá? ¿y en cuáles sobrevive el horror de la hecatombe que en Timaná, Turbaco, Simijaca, Bonza, Urabá, Valledupar, al indio más que vencer, exterminar quería? Raza infeliz! la ingratitud te niega la vida de la gloria, que ultratumba propagan los recuerdos; mas ¿qué importa? Infeliz!... ¿y porqué? Lleva en sí mismo el cumplimiento del deber su premio: esparcen la Verdad y la Belleza sus rayos como el sol. Ay! del que huye su acción fecunda! languidece y muere.

Verdad tremenda!; pero llega, ¡oh Musal, por desgracia hasta tí! ¿Quién pudo osado en un punto abarcar de Alfa hasta Omega? La misteriosa escala que en ensueño miró Jacob, uniendo cielo y tierra, simboliza el camino por do asciende, peldaño tras peldaño, en progresiva serie le humanidad á las regiones de la Verdad y la Belioza. Acaso, ¡oh Musal, impulso superior te lleva al punto cardinal de donde arranca la corriente motriz de nuestra historia.

CANTO 2º

Somos gente latina; nuestra stirpe fué la llamada á realizar del hombre los destinos mas altos; con el óleo

ungida fué dal sacerdocio eterno:
fué nuestra raza la que abrió las puertas
del sagrario que guarda los principios
fundamentales del saber humano:
ella tan solo soportó la carga,
abrió el sendero, recorrió la tierra
del austro al alquilon, cuando yacían
esclavos y sajones embargados
por el mudo sopor de la barbarie.
Amamantoles á sus pechos; dioles
ser de su ser y vida de su vida:
hoy se revelan, niéganla, disputan
su predominio. ¿Y qué?—Niega al Maestro
su discípulo y Cristo le perdona.

Se abisma el pensamiento cuando intenta
los campos recorrer que ha descuajado
la raza primogénita: del fondo
de la concreta realidad abstraigo
el concepto ideal, los elementos
de la extensión, el número y la forma.
Ella atisbó en la Magia la penumbra
del impalpable mundo que nos cerca,
misterios cuyo arcano simbolismo
descifrarán los siglos venideros.
Ella buscó las últimas razones
que sostienen eual base incommovible
la armazón vacilante de la cieucia:
parte del centro á lo exterior, usande
de fórmulas sintéticas; observa,
analiza los hechos, les pregunta
la razón de su ser; y luego aspira
á armonizar los rumbos encontrados,
del sacerdotismo en la unidad serena.

Con polémico ardor, del ser la ciencia
en la abstracción genérica vincula
ó el hecho real. No basta: se sumerge
en reflexión interna hasta la honda
raíz del pensamiento; y de allí surge
la afirmación primera en que descansa
todo el saber: *yo pienso, luego existo*.
Como un fanal en el confin destella
inmóvil el entitema del latino.
No hay más allá: paráfrasis germanas
ó reciben su luz ó se extravían
del error en el piélago insondable.

Plugo al Creador que hallase el sentimiento
lo bello sin afán, en el solemne
curso del sol y mundos siderales;
mas la verdad con velo de apariencias
oculta fué á la mente inquisidora:
los primeros rigores tú desgarras
en la escuela inmortal de Alejandría.
Martir y penitente proclamaste
en alta voz blasfemia que se extingue;
¿y quién no escucha con vibrante acento
resonar las protestas que tus labios
murmuraron apenas: *mas se mueve?*
Palabras emblemáticas: no solo
la tierra las realiza: el movimiento
es ley de cuanto existe: quien le excusa
herido está de muerte irremisible.

Lánzase audáz al piélago; recorre
el mar Mediterráneo sin más guía
que la estrella polar. Del individuo
la insuficiente producción, concibe
con mutuo cambio completar, haciendo
que á su compleza aspiración, el hombre
abasto dé con su poder restrictivo.
Halla el imán que en la sensible aguja,
al magnético influjo siempre atento,
seguro está en la línea meridiana:
él en el seno de la mar el rumbo
indicará del portugués marino
que circundó el primero nuestro globo
con las estelas de sus naos, y muere
sin reentrante mirar la comba línea
que trazó en la extensión nunca sureada
del oceano; pero suyo es todo
de aquella azaña el coruscante lauro.

Estuvo en comunión con las primeras
impresiones del mundo, y de sus gracias
cosechó las primicias virginales.
En sibilina tripode, vidente,
asiste al duelo secular; y canta
en la troyana arena el predominio
del mundo occidental sobre el de oriente.
En las tablas olímpicas redime
del olvido los fastos de sus pueblos,

y en el coro inmortal de sus deidades
asiento da á sus héroes deificados.
No pudiendo aún leer las armonías
del bien y el mal en la conciencia libre,
al rigor del destino la somete
en el sublime horror de la tragedia.

Con hebras delicadas que en la urdidumbre
de artísticos cendales entreteje,
regio ornamento da á la tosca cuna
ex: que nació el imperio dilatado
que dominó con su poder el mundo.

¿A dónde va?—Detiéndose á la puerta
de la ciudad de lágrimas; descifra
pavorosa inscripción en sus dinteles;
el valle del abismo doloroso
intrépida recorre; horrorizada
ve del tormento eterno la agonía;
de horrendas penas el relato escucha,
y el lamentar furente é imprecaciones
del eterno dolor de los precitos:
pasa por la región que purifica
las mancillas del alma no indelebiles;
y se sublima, en fin, hasta la gloria,
donde cercada de esplendor fulgura
la Luz de la inmortal Sabiduría.

Con dulcedumbre místico nos abre
la senda de los Cielos, evocando
la imagen de Jesús radiante y pura;
nos invita á imitarla, y nos provoca
á disfrutar la biena renturanza
del inefable amor de los amores.

¡Salud á tí, poeta que escuchaste
la ronca voz del cabo Tormentoso,
cuando en vano alejar de sus dominios
quiso el poder del genio lusitano.
Y á tí también, pontífice supremo
del ingenio español; á tí que diste
típica encarnación á las dos fuerzas
que de opuestos polos solicitan
con atracción simpática el carácter:
la humanitaria aspiración que crea
un mundo imaginario, y se prodiga
en inútil afán; y el egoisue
reconcentrado é inmóvil, que degrado
al alma en la estrechez de su miseria.

Del español la hidalguía bizzarria,
el pundonor, el femenino recato,
en la veraz escena se reflejan;
la religiosa inspiración ejerce
el magisterio en ella revistiendo
veste sacerdotal; filosofía
de alientos redentores ve en la muerte
de lo eterno al albor, y nos anuncia
con profética voz: *la vida es sueño*.

Liberta á la inspiración fantasía
de la coyunda de opresoras trabas;
afronta los conflictos perdurables
de las pasiones y el deber; sondea
del corazón las últimas miserias;
penetran en los repliegues que recatan
la pus del vicio hedionda y corrosiva;
nos muestra á la conciencia soportando
imposición fatídica; y apura
sus íntimos dolores, en sombrío
gótico templo de los siglos medios.

Arte greco-latino es el que encuentra
ios incitantes, mórvidos contornos
de la belleza plástica, las formas
que al despuntar en la marina espuma
estremecer hicieron á la tierra
con el presagio del sensual deleite;
él halla el ademán, el arrogante
gesto del numen délfico, la calma
serenidad de Júpiter; y absorto
en concepción trascendental, refleja
la exceltilud humaua en el semblante
del gran legislador del pueblo hebreo.

Con severos perfiles, evolutas
de elegante espiral ó festoneadas
hojas de acanto, el capitel decora
de la columna donde firme estriba
la robusta armazón del arquitrabe.

¿Quién asombra á los siglos con empresas
de hercúlea edilidad, que sobreviven

al curso destructor de las edades?
¿con las ruinas del templo consagrado
al pudoroso numen, con los restos
del Partenón y amplio Coliseo?

En los ramales de la enhiesta ogiva
se remotan los góticos calados
de la feudal mansión, yuergue sus naves
la catedral cristiana; el monasterio
sus demorados claustros; y la torre
los clamorosos timbres que convocan
á la oración la multitud creyente.

¿Quién levanta la cúpula sublime
en que suena la voz siempre inspirada
del Vicario de Cristo, cuando ejerce
el sumo sacerdocio? ¿Quién construye
la grandiosa basilica que escucha
del musulman las férvidas plegarias?

¿Quién cuando el Arte exánime yacía
en lecho sepulcral, le regenera
con renovado aliento, en que renace
de sus cenizas, como el ave fénix?

A ella tan solo realizar fué dado
la unidad de los pueblos que á la Historia
carácter dan, bajo el augusto cetro
del macedón imperio y del romano;
impose miedo á Europa, con la marcha
de los invictos tercios españoles
de Túnez hasta Flándes, y la espanta
al ver cruzar el águila francesa
en vuelo audaz, desde Egipto á Rusia.

¡Eureka, Eureka!, con triunfante acento,
grita al hallar de estática le ley;
la fuerza anunciado del vapor, que mueve
con expansivo impulso en el cilindro
el émbolo motor; del aire mide
la variable presión con la columna
del líquido metal. En el del agua
punto de bullición, la pesadumbre
del fluido sutil que nos circuye
también descifras tú, mártir y sabio,
honra por siempre de la Patria mía.
Al ojo da el poder con que escudriña
los sidéreos espacios, y ve en ellos
de otros mundos la faz, mil y mil soles
conglomerarse en blanquecinas nieblas.

No en la tonante chispa, mas surcando
lo interno de los cuerpos, nos señala
el profesor egregio de Pavia
la rápida corriente que conduce
en un instante el pensaminto humano
á través de la mar; que el hierro y el cobre
de áureo reflejo y argentino esmalta;
que destella en la lámpara que emula
el esplendor del luminar diurno;
y de la voz sin declinar trasmite
la resonancia á términos lejanos;
que... pero quién la aplicación resume
de tal fecundidad? siglos y siglos
no agotarán sus altas maravillas.

(Continuará).

LITERATOS ESPAÑOLES.

I

Salvador Rueda.

Voy, sin duda por mis pecados, á empuñar
la palmeta del crítico y no creo en la crítica.
Esta paradoja, esta afirmación, esta
negación, ó lo que sea, pues de todo tiene,
necesita explicarse; y aunque la explicación
reclamaria artículo aparte y aun algo más,
como no me sobra á mí el espacio y al lector
quizás falte paciencia, procuraré condensarla
en lo posible.

Claro está que cuando no ya un poeta,
un escritor, sino un artista cualquiera atropella,
al ejecutar la obra artista ó literaria,
las reglas del arte, que vienen á ser la del sentido
común y del buen gusto, cualquier cri-

terio medianamente ilustrado en la materia puede censurar á ciencia cierta las imperfecciones de tal obra. Pero esta es una crítica vulgar al alcaace de muchas inteligencias; no es ni puede ser la crítica decente, perspicaz, propiamente dicha. Para asegurar á ciencia cierta las imperfecciones ó las excelencias de una obra ó de un autor, son necesarias tantas y tan complejas calidades, que dudo que en un solo sujeto puedan verse reunidas. Necesarios son, de toda necesidad, para que el crítico pueda afirmar ó negar en absoluto, un completo dominio de la materia criticada, una vasta erudición, un profundo conocimiento de los hombres y las cosas, un juicio elevado, recto, penetrante, no influido por lazos ni preocupaciones de ningún género, y sobre todo, y esa sí que es negra, un temperamento más flexible que el mejor templado acero, el cual, haciendo de sí mismo la abstracción más absoluta, sea susceptible de adaptarse por completo al temperamento del autor á quien critica, cualquiera y como quiera que éste sea. Las deficiencias del expresado temperamento explican los crasos errores de insignes críticos; pongo por caso, Moratín criticando á Shakespeare; explican que el *Quijote*, obra de mérito excepcional é indiscutible, no agrade á muchos lectores; que autores desdeñados hoy se apoderen del público mañana, y viceversa, que éste desdeñe mañana lo que hoy se complace en preferir; que algunos ilustrados críticos abominen al poesía ó no juzguen dignos de su incondicional aplauso, con injusto desdoro de los demás, sino tal ó cual estilo, este ó el otro género literario, ya poético, ya prosáico, según que á la prosa ó á la poesía les incline la índole de su temperamento.

Ahora bien: dando de barato, y ya ello es mucho dar, que posea todo crítico las difíciles cualidades de que hablo más arriba, como son el dominio de la materia criticada, la vasta erudición, el conocimiento profundo de los hombres y las cosas, el juicio elevado, recto, independiente y penetrante, juzgo, en cuanto á mí, poco menos que imposible, porque la causa de ello reside en la naturaleza, siempre difícil de ser violentada, juzgo imposible, sí, la completa y múltiple adaptación del temperamento del lector al del autor, del temperamento del crítico al que dictara ó compusiera la obra criticada. Desde este punto de vista, pues, no vacilo en negar á la crítica su infalibilidad en la mayor parte de los casos.

Explicado esto, siquiera á grandes rasgos, fáltame explicar ahora el género de crítica, si tal puede llamarse, á que me arrojo.

Si muchos se lanzan á criticar rotundamente, en tono de *magister dixit*, ignorando las dificultades que ello ofrece, yo, que conozco estas dificultades, y que insuperables las reputo, no he de caer ¡libreme Dios! en la contradicción de pretender haberlas superado. Mis afirmaciones ó negaciones no serán, pues, absolutas, sino relativas; no criticaré *ex-cathedra*, sino que manifestaré mi opinión, valga lo que valiere. Mis críticas, para decirlo de una vez, no serán sino impresiones de un lector, ó en otros términos, el análisis de obras y de autores vistos á través

de un temperamento, el mío, pues de otro no dispongo ni á él me adapto. Si alguna vez doy en el clavo, si por casualidad suena la flauta, me alegraré por la justicia tributada al autor en quien me ocupe; si, como es de temer, ocurre todo lo contrario, acá yo con mi conciencia.

Ahora entremos en materia.

Desde algunos años á esta parte, el árbol frondoso y secular de nuestra literatura ha retoñado de tal suerte, que por doquiera crecen y se gallardean multitud de vástagos de diverso empuje y lozanía, á los cuales me propongo examinar á grandes rasgos á medida de mis fuerzas.

Distínguese entre los dichos, por la boga que ha alcanzado, aquel cuyo nombre y apellido sirven de segundo título á estos párrafos.

Quién es Salvador Rueda? ¿Qué significación obtiene entre la juventud literaria de que voy hablando? Vamos á verlo.

Nacido allá, en un lugar de la Provincia de Málaga, vino á Madrid como otros muchos, lacio de bolsillo, enchido de entusiasmo y de ilusiones, á luchar en el palenque de las letras y á vivir de los despojos en la lucha conquistados. Su calvario fué espinoso, mas de corta duración, pues aunándose la suerte con los singulares méritos de que la naturaleza le dotara, pasó de la nada á la redacción de *El Globo*, donde algunos artículos de costumbres, llenos de color y movimiento, comenzaron á darle notoriedad en los círculos literarios, hasta el punto de ascender desde dicha redacción á la de *El Imparcial*, arrastrando en el ascenso una modesta credencial que le aseguraba, con la seguridad que ofrecen estas cosas, una plaza en el Ministerio de Fomento. En tal situación, considerando lo poco que el país y las letras das de sí, Rueda podía creer ganada la batalla, contando, como contaba, con los medios suficientes para atender á su subsistencia, si no con lujo, con holgura en sus modestas aspiraciones. Pero Rueda tenía familia, madre, hermanos; y siendo él buen hermano y mejor hijo, y no resignándose á disfrutar, á solas lo que aquellos acompañados no disfrutaban, acarició en su mente un proyecto tan laudable como halagüeño: alternó con las tareas periodísticas y administrativas las tareas literarias; escribió, publicó libros: luchó, venció, viendo colmados sus deseos de traerse á los suyos y establecerlos en Madrid, cosa que refiere él mismo con satisfacción tan natural como sencilla.

Hoy, después del triunfo, los libreros se disputan los libros de Rueda, el público los compra y apláudelos la crítica.

Ya hemos visto algo del hombre; veamos ahora algo del genio del escritor, y definamos la literaria significación que entrañan esos libros hoy en boga. Sobre la mesa tengo algunos que acabo de leer con el detenimiento á que son acreedores. En ellos se presenta Rueda bajo el triple aspecto de poeta, novelista y escritor de costumbres, escritor genial y perspicaz, digno de ser leído y alabado.

Si está de Dios que hemos de dar á nuestro autor una verde y otra madura, comencemos por soltar la verde, con objeto de evitarle al final el deajo amargo.

Lamento no disponer aquí del espacio suficiente para explicar como yo entiendo la novela moderna; esto no obstante, diré que, á mi entender, la novela no es descripción, si bien debe admitirse ésta como elemento indispensable; es, ante todo, acción, pasión y caracteres, todo ello verosímil, humano, real, artístico lo que equivale á decir interesante. Desde este punto de vista no son, por más que ello parezca una herejía literaria no son novelistas algunos excelentes escritores de costumbres que, por ejemplo el ilustre Pereda, reputación de tales gozan.

Dando de mano á esta digresión, que he creído necesaria, examinemos á Rueda como novelista.

No he leído *El gueano de luz*, porque no lee uno todo lo que quiere; pero acaba de leer *La Reja*, y si por ella he de juzgar y á lo susodicho he de atenerme, no merece rueda, hoy por hoy, ser incluído entre los novelistas propiamente dichos. Su obra abunda con exceso entre vigorosas y fieles descripciones, precisamente lo que por sí solo no constituye la novela; pero la acción, si existe, es pobre y vulgar; la pasión, aunque el autor se la atribuye á sus personajes, no palpita en ninguna página del libro, como no aparezcan de ella débiles destellos en los dos ó tres primeros capítulos, primorosa labor de arte descriptivo; y en cuanto á los caracteres, más que seres humanos, aquéllos parecen figuras arrancadas de un cuadro magistralmente pintado, sí, pero figuras al fin, sin alma ni movimiento propios, que el presunto novelista á su capricho trae y lleva como maniqués. Con tales condiciones, el libro, si vale la frase, mejor pintado que escrito, carece de interés y se cae de la mano; existe entre él y la buena novela la misma diferencia que entre un suceso real y el mismo suceso bien trasladado al lienzo ó á la piedra; el primero nos cede hasta identificarnos con él y seguir con palpitante interés sus arrebatadoras peripecias; el segundo recrea nuestra vista, halaga los sentidos, nos sugiere por un instante alguna vaga idea y acaba en breve por fatigar nuestra atención. Apesar de todo ello, existen en el libro un pormenor de observación psicológica y un carácter, digámoslo así, en embrión, que me obligan á esperar en Rueda, andando el tiempo, un novelista de ley: es el primero la disección mental que las mujeres hacen del diminuto cuerpo de Antolín, disección tan real y verdadera, que apenas existirá mujer que en caso semejante, aun sin querer, no la haya practicado; constituye el segundo Anona, la *giganta* y no la *gigante*, como dice el autor. Lástima grande que el carácter de este personaje no esté más que indicado, pues él encierra una pasión, pasión brutal, verdad, pero humana, y por lo mismo interesante; allí, allí es donde á no dudarlo estaba la novela.

Pero si *La Reja* no revela un novelista, revela, eso sí, un escrito de costumbres excelente, un discípulo tan aventajado de Pereda, que es de temer que al mejor día dé al maestro cuchillada. Cada capítulo de dicha obra es un cuadro; cada cuadro un alarde de color, de luz, de observación plástica del natural. Lástima también que afeen estos cuadros, como otras obras del autor, algunos deslices

de lenguaje, por ejemplo, el susodicho; *hendir* por *hender*, *vocerío* por *vocería*, *chirrear* por *chirriar*, otros que no recuerdo, y alguna que otra extravagancia de estilo, muy pocas por fortuna, como la de atribuir ideas á la luz.

Rueda es gran escritor de costumbres, lo mismo en prosa que en verso: leed sus *Aires españoles* y os convencereis de lo que digo. Entrados éstos y *La Roca* apenas existe otra diferencia que la de la forma; ambos libros se reducen á una serie de cuadros, en ambos se lee el titulado *El Sacorio*, que como fiel observación del mismo natural, viene á ser idéntico en uno y otro libro, sólo que en los *Aires* es un canto y un capítulo en la novela. Yo, con todo, prefiero al escritor de costumbres en prosa, pues sus romances, aunque muy buenos á trozos, pecan por lo regular de lánguidos y amanerados, como no puede menos de suceder tratándose de una serie de cuadros en los cuales figura siempre en primer término el mismo elemento popular.—Tan recargados de color y de permenores como faltos de sobriedad y de pasión, los *Aires nacionales* carecen de interés y acaban por fatigar la atención de quien los lee.

De intento he dejado para lo último, en cuanto á los cuadros de costumbres el examen de los titulados. *El patio andaluz*. Este libro, uno de los menos favorecidos por el público, es á mi juicio el mejor de Rueda, en esta obra huelga la crítica, como no sea de mala fe ó muy rebuscada; en esta obra campean á manos llenas el plástico talento observador, la frase castiza y gráfica, el estilo genial y apropiado, el color, la luz, el movimiento, que constituyen la vida del arte, feliz reproductor del natural. En *El patio andaluz*, en fin, no cabe sino un aplauso continuado desde la primera página hasta la última; él es el fiel espejo donde se mira el genio artístico del autor, y su brillante ejecutoria literaria.

En otro orden, ó sea saltando de la prosa á la poesía propiamente dicha, raya á igual altura parte del libro rotulado *Estrellas errantes*, colección de coplas y sonetos, que lleva por prólogo una soberbia oda. No me detendré á examinar las coplas pocas de las cuales resultan espontáneas, y sin espontaneidad no hay en el género belleza. Pero siguen á éstas veintiún sonetos que son otras tantas joyas del Parnaso, joyas entre las cuales no sabría yo cuál elegir, porque todas compiten en belleza y cualquiera de ellas basta para acreditar el cincel que las labrara. ¿Lo dudais? Ahí va un botón por vía de muestra, ó sea la conclusión del *Retrato de la Marquesa de Dos Hermanas*:

Es tan dulce, y tan blanca, que parece
que á través de su sér pasa la luna.

Yo, que tengo la fortuna de conocer al original, puedo aseguraros que esto es algo más que versificar: es pintar á la luz de Venecia con la paleta de Tiziano. Si Rueda con el poema *Sinfonía del año*, lamentable equivocación de un poeta, nos hizo dudar del acierto de su estro, cumplido y feliz desquite ha tomado en los *Sonetos*.

Ahí teneis bosquejada la fisonomía literaria de nuestro jóven autor: resumamos ahora el bosquejo.

No busqueis en Rueda al novelista por-

que no lo hallaríais aún; buscad al escritor de costumbres y al poeta, y vereis premiado con creces vuestro afán. No le pidais observación psicológica, porque no podría dáosla; pedidle, eso sí, observación plástica, y la tendréis á manos llenas.

Rueda es ante todo, lo cual ya es mucho, escritor de costumbres y poeta en grado sumo; no es el poeta de la humanidad, del hombre, pero es, indudablemente, el poeta de las cosas. *Psicología de las cosas* titula él, con gran instinto, un tomo de poesías en preparación; hay quien se asusta de este título; yo no, yo lo espero con impaciencia y le animo á publicarlo, valiéndome para ello de estos valientes versos suyos:

“Sísifo de lo bello! nada arredra
la fe que al triunfo aspira:
¡arriba con la piedra!
arriba con la lira!

JUAN TOMÁS SALVANI.

UN DRAMA.

UNA noche de invierno, tenebrosa, en que el viento soplabá con violencia, gallarda joven de gentil presencia camina por un bosque presurosa: el llanto corre por su faz hermosa cada vez con mayor recrudescencia.
¿Qué recuerdo tortura su conciencia?
¿qué dolor importuno su alma acosa?
¿por qué sigue tras ella un embozado, empuñando mortífera pistola, y corriendo á su alcance como un loco?
¿Queréis saberlo? ¿Sí? pues yo he pensado que si algo le pasó á la joven sola..... no le importa al lector ni á mí tampoco.

C....

San José, 4 de Febrero de 1891.

LUCHA SUPREMA.

CREER..... es claro; todos debemos creer, y creer aquello que resulte de la lucha de las ideas que han golpeado el cerebro y han nacido de las enseñanzas recibidas. La Filosofía que llama á lo blanco, blanco, ó negro es siempre Filosofía. Ya siente como verdad un principio, ó el contrario, es ciencia; y no se debe prescindir del respeto que le debemos. Antes nos decía que si los cuerpos reciben la vida de un sér espiritual, éste va de unos á otros; que si aquí hace cantar á la paloma, mueve después los músculos del toro, ó produce la visión de Dios en el cerebro humano. Lo niega todo por la boca de los escépticos, que dudan de la caricia dulce de la madre, del frío que hace desarrollar las pulmonías y de la metralla sangrienta que ha sembrado de cadáveres el campo; piensan que no piensan, y negando el yo ajeno, niegan el propio: dicen ¡mi duda no existe! Si la primera enseñanza me halagó con la idea de una inmortalidad extraña, aunque la memoria no nos diga nada sobre eso; la otra produjo en mi ánimo, adolescente y amante de lo maravilloso, una

repugnancia invencible que me obligó á no darle un momento cabida en mi cabeza. Si es un sueño la existencia, que no sea un sueño amargo y desesperante: triunfe la ilusión, si la ilusión nos ha de dar la dicha; ¿para qué sirve una ciencia que nos tiene en un perpetuo martirio? Y acaso dudando de nuestro propio sér no hemos de ir hasta su destrucción voluntaria, porque no sabemos si existe. Doctrina cruel que, á haber reinado en el mundo, habría acabado ya con media humanidad.

Nos dice la gran Filosofía que aquello que la Tierra produce, cálido y amoroso, que la armonía sublime á la cual están sometidos los mundos, la música de las cuerdas y de las gargantas; que la voluntad y que el amor son obras que el acaso produce; movimientos inconscientes de la materia que rueda en el espacio sin fines preestablecidos; y con esto, que la moral es un mito, que la virtud es un acto sin méritos, necesario é inherente á la materia. Cuando ví la armazón maravillosa de los centros nerviosos, y los sabios me dijeron que aquellas células producían la memoria, y las otras el movimiento voluntario, casi fuí al fondo de ese abismo; pero ese peligro me salvó. Y por eso también no fuí al extremo opuesto, donde se ve sólo espíritu en la piedra que produce la conmoción cerebral y el plomo que perfora las carnes y hace huir la vida; donde todo es inmaterial, impalpable é inofensivo.

Pero cuando la lucha es penosa y fatigante, cuando el ánimo se siente debilitado, es cuando se oye exclamar que las almas son por un lado como pedazos de Dios, espíritus distintos de su espíritu y perdidos en el infinito que él abarca; y por otro se nos asegura que la idea, esa fuerza que pesa los astros, que distingue el vicio de la virtud, que hace lo bueno, es la obra inmediata del calor que anima los fluidos y la electricidad que establece las misteriosas corrientes, con un generador único, sabio y amoroso: el alma universal. Por lo uno, el sér inmaterial puede sufrir la caricia destructora del fuego; y por lo otro el bien y el mal son movimientos cuya razón sólo conoce el sér infinito que tiene en sus manos los eslabones de esa gran cadena que se llama la existencia.

Un día impone su pensamiento Aristóteles, otro Bruno ó Galileo, Jesús ó Voltairre; y siempre las más opuestas doctrinas luchan con desesperación, buscando la preponderancia. Nunca están en inacción, porque velan el momento oportuno para triunfar, se enfrentan á sus rivales en los momentos en que aquellas están cantando la victoria.

Nosotros presenciamos esa lucha formidable, y entramos en ella, á título de libres y pensadores. En sus revueltas estrujan nuestro espíritu, que fluctúa mientras el criterio no está afirmado sólidamente. A los espíritus jóvenes todas las doctrinas nos halagan con sus seductoras conclusiones; porque todas las tienen y eso afirma su existencia. Esto es el indicio de la libertad, y la fuente del progreso. Si así no fuera no sondearíamos todos los sistemas, no pesaríamos todas las ideas, ni podríamos sacar nuestras propias conclusiones. Vamos en pos de la luz, y la buscamos ansiosos en todas las fuentes

bebemos en todas ellas para aceptarlas ó rechazarlas; porque así lo quiere nuestra dignidad de hombres y nuestro derecho de libres. Esa fluctuación, necesaria y fecunda, porque despierta todas las aptitudes y sentimientos, ha sido la creadora de los grandes reformadores y de las mejores enseñanzas. El pensamiento está ávido, y lo absorbe todo con admirable velocidad; conocimiento sobre conocimiento, doctrina sobre doctrina, conclusión sobre conclusión; todo va á aglomerarse en el cerebro, para que aquel amontonamiento heterogéneo haga de repente explosión. Cuando parece que mucho de eso se ha olvidado, como cosa inútil, cada hombre hace sus ideas propias ó se afilia á la escuela científica que más concuerda con su manera de pensar, y asoman todos aquellos olvidados conocimientos.

Ese es el triunfo, porque la razón prevalece sobre todo, y se abre paso triunfal entre las preocupaciones doctrinarias de cada escuela. Síntoma de grandeza es ése, aunque la variabilidad sea un argumento de debilidad ó inconstancia; los talentos flexibles llegan más cerca de la verdad. Pero llegado el momento de la decisión, el resultado es inmovible; y, ay de aquel que se halle dominado por alguna influencia!, ese no se salvará.

Esa es la hermosa lucha, la lucha que nos hace hombres, seres que ponemos de manifiesto á la inteligencia infinita, alojada en nosotros.

De las hipótesis que se han creado sobre Dios, hay una sublime, grandiosa y espléndida, que sin quitarnos la responsabilidad de nuestros actos ni el mérito de la bondad, ni el mérito de la bondad, ni la ilusión de lo inmortal, lo hace supremo y perfecto, sin mutilaciones inútiles. Esa es la doctrina del alma universal, animándolo todo, ocupándolo todo, engrandeciéndolo todo. Ese Dios inmenso que está en el espacio sólo con la materia, guiando los astros en sus carreras inmutables, haciendo el instinto de los brutos y la idea libre de los hombres, sin intermedio de otros espíritus pequeños, es el que me ha admirado y atraído; al que he dado mi amor y mi adoración. Siento de él un átomo de mi sér, como lo tiene la yema de la planta, la hormiga ó el ruisenor. Y me parece que ese Dios es la fuente más pura de la moral: el amor á los seres semejantes, como miembros de un mismo cuerpo, que anima un solo espíritu, no puede estar más bien fundado. Y luego el amor en la familia, de los hijos que son nuestra eternidad, las virtudes del hogar y con ellas las virtudes sociales, florecen á su sombra y llenan de encanto la vida. Si sólo esa idea capital del Ramayana hubiera prevalecido en la India, aquel pueblo hubiera sido el depositario de la verdad y del amor más verdadero; y en sus aguas todos los pueblos hubieran ido á saciar su sed de amor y de verdad. Pero, á pesar de todo aquel pueblo es admirable y bueno: sus procedimientos sociales y sus virtudes encantan. Su gran alma universal lo había hecho todo, y como un torrente de luz, se derramó haciendo la felicidad de aquellos hombres.

Y la fe que resulta de esa batalla que libra la razón, es la fe que ennoblece, como quiera que sea.

RUBÉN RIVERA.

Serenata.

(EN EL ÁLBUM DE JESSIE.)

I.

Cuando á la media noche la sombra se dilata
Bajo el cielo estival,
¡Ya has oído, señora, la blanda serenata,
El refrán sideral
Que murmuran los vientos
Suaves y tremulentos
Llamando á tus ventanas, tocando á tu cristal?

III.

Es el viento que viene
De las llanuras,
Cargado con el peso
De esencias puras;

Que estremece las copas
Verdes y extrañas
Que coronan las cumbres
De las montañas;
Que alza notas agrestes
Y musicales
Agitando los verdes
Cañaverales;

Es el viento que canta bajo la noche oscura;
Que de la honda y dormida, silenciosa natura,
En el regazo frío,
Para ofrendar en aras de tu dulce hermosura,
Recogió, al deslizarse por la triste llanura,
Diademas y collares de perlas de rocío.

Cuando á la media noche la sombra se dilata
Bajo el cielo estival,
¡No has oído, señora, la blanda serenata,
El refrán sideral,
Que murmuran los vientos
Suaves y tremulentos
Llamando á tus ventanas, tocando á tu cristal?

III.

Es el viento que llega
De los jardines
Y que trae el aliento
De los jazmines;

Que ha dado, por altivas
Frescas y hermosas,
Al paso, un insaciable
Beso, á las rosas;
Que ha inclinado el regazo
Que le enagena
De la inocente y pura
Blanca azucena;

Es el viento que entona misteriosas estancias;
Que de todas las flores recogió las fragancias,
Y de ellas se hizo dueño
Para luego exhalarlas, como ondas amorosas
De un pebetero errante, que vuelan silenciosas
Para incensar tus gracias y embalsamar tu sueño.

Cuando á la media noche la sombra se dilata
Bajo el cielo estival,
¡Ya has oído, señora, la blanda serenata
El refrán sideral,
Que murmuran los vientos
Suaves y tremulentos,
Llamando á tu ventanas, tocando á tu cristal?

IV.

Es el viento que trae ya olvidadas historias,
Ilusiones ya muertas, oscurecidas glorias,

De países remotos, de un tiempo que pasó;
El hace que en sus ecos todo viva y palpita:
Se llega á tus cristales y al murmurar repite
Los suspiros y quejas que á su vuelo arrastró.

Haz oír, manso viento, cuanto historia modules.

—Ella tenía quince años y los ojos azules,
El tenía veinte años y amaba con pasión;
De los cielos benignos los purísimos tules,
Y á su sombra tranquila, los altos abedules,
Vieron que se entregaron los dos el corazón.

Un día los separa la mano del destino:
Hay que seguir llorando por opuesto camino:
Verse por la vez última y llorando decir:
—Tu sabías, Dios mío, cuánto íbamos amarnos,
Ah! no ves que querríamos antes que separarnos
No haber nacido nunca ó al instante morir.....?

Así habla el viento, lo oyes? murmura agonizante
Los ayes de la amada, las quejas del amante;
Oh dolor! un abismo se ha abierto entre los dos:
El parte, ella se muere; y el viento tembloroso
Recoje los suspiros, el eco del sollozo,
La voz ahogada en llanto del postrimer adiós.

Si; es el viento nocturno, cargado, amiga mía,
De lágrimas de angustia, lágrimas de agonía,
De honda tribulación:
Las deja á tus cristales como sartas de perlas;
Tú irás, amiga mía, tú irás á recogerlas,
Y las secará el fuego que arde en tu corazón.

V.

Cuando, á la media noche, la sombra se dilata
Bajo el cielo estival,
Pon oído á la triste, la blanda serenata,
Al refrán sideral,
Que murmuran los vientos
Suaves y tremulentos
Gimiendo á tus ventanas, llorando á tu cristal.....

F. GAVIDIA.

Sau José, Enero de 1891.

Histoire d' Hélène.

Ln ne o p y, li a t t, li a m e, li a
e t m e, li a v q, e l i e d e d, a c k c, a c
a g.

(Hélène est née au pays grec, elle y a tète, elle y a aimè, elle y a ètè aimèe; elle y a vècu, et elle y est dècèdèe, assez cassèe, assez âgèe)

RECUERDOS.

En los toldos oscuros de los bosques,
de el sol nunca penetra,
suele nacer alguna flor sencilla
que la falta de luz muy pronta seca.
Pues bien, esa es la historia
de nuestro amor, amiga,
de modo que estos versos son tan solo
algo de aquella flor... ¡hojas marchitas!

F. GAVIDIA.

NOTAS.

Cumplimos con el grato deber de saludar á los Doctores don Valeriano y don Juan Ferraz, como también á los profesores que acaban de llegar al país.

TIP. NACIONAL.